

UN ANÁLISIS HISTÓRICO-CONCEPTUAL DEL PROBLEMA DEL PENSAMIENTO EN LAS TEORÍAS CONDUCTISTAS

A HISTORICAL-CONCEPTUAL ANALYSIS OF THOUGHT PROBLEM IN THE BEHAVIORIST THEORIES

William Montgomery Urday

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú

Correspondencia: avidolector@yahoo.es

Recibido: 21-04-2017

Aceptado: 11-08-2017

Resumen

En este artículo se revisan las principales propuestas conductistas acerca del problema del pensamiento, desde una perspectiva histórico-conceptual. Concretamente la de Watson, la de Hull y los neohullianos, la de Skinner y los postskinnerianos, y, finalmente la del interconductismo. Se relievaa las categorías de “jerarquías de familias de hábitos”; de “funciones transformativas”; de “contingencias guiadas por reglas”; de “marcos relacionales” y de “sustitución de contingencias” como nociones que han ayudado a esclarecer las interacciones implicadas en el comportamiento complejo llamado “pensar”.

Palabras clave: Pensamiento, conductismo, historia de la psicología, teoría, contingencias, reglas, sustitución.

Abstract

In this article it review the main behavioral proposals on the thought problem from a historical-conceptual perspective. Specifically, views of Watson, Hull and the Neohullians, Skinner and the Postskinnerians, and finally of interconductism. The categories of “family hierarchies of habits” are highlighted; of “transformative functions”; “Rule-governed contingencies”; “Relational frameworks” and “contingency substitution” as notions that have helped to clarify the interactions involved in complex behavior called “thinking.”

Key words: Thought, behaviorism, history of psychology, theory, contingencies, rules, substitution.

El problema del pensamiento ha sido siempre uno de los más intrincados dentro de la psicología. Oficialmente, según el *Diccionario Conciso de Psicología* de la *American Psychological Association*, se

trata de un “comportamiento cognitivo en el que se experimentan ideas, imágenes, representaciones mentales u otros elementos hipotéticos...” (APA, 2009/2010). Esta definición, sin embargo, no satisface debido a la cantidad de cuestiones abiertas que plantea: ¿qué son las “ideas”, “imágenes” y “representaciones mentales” desde una perspectiva científica?

Podría buscarse el origen de dicha perspectiva en la discusión propiciada por Aristóteles (entre 335-322 a. de C.) a partir de sus disquisiciones filosóficas sobre el alma y sus facultades, pero ésta visión es poco congruente con la definición “oficial” antes citada: en la versión aristotélica, el cuerpo y el alma forman una unión completa durante el transcurso de la vida humana. No hay, pues, lugar para esencias espirituales puras. En palabras del clásico estudio de Ross (1923/1957) sobre este tema, para Aristóteles: “El alma es el acto primero de un cuerpo vivo, mientras que el ejercicio de sus funciones es su acto segundo o más completa actualidad” (p. 194). No obstante, cuando llega a la disquisición sobre la facultad del pensamiento, el filósofo griego sí la diferencia del cuerpo en tanto que aprehende la esencia no material de las cosas e “interviene cuando el espíritu discierne en un punto de identidad entre dos o más imágenes” (Ross, 1923/1957, p. 213). Ello no quiere decir que el pensamiento no ocurra en el tiempo y el espacio, dado que su ocurrencia está relacionada en un continuo con el ejercicio de otras facultades sensoriales, y éstas a otras actividades vegetativas, pero el pasaje en el cual Aristóteles alude a la separación del pensar respecto a lo corporal hizo que la tradición dualista posterior lo asimilara a ella, dejando de lado otros fragmentos de la obra aristotélica donde queda claro su realismo materialista: el pensamiento para él es, en su acepción completa, una acción ejecutada “por personas en situaciones objetivas complejas” (Kantor, 1963/1990, p. 127).

El caso es que el pensamiento se terminó asociando históricamente, mediante la interpretación teológica “ortodoxa” de San Alberto y Santo Tomás de Aquino y su posterior “confirmación” epistemológica cartesiana; a una entidad espiritual o escenario interno ocultos a la observación pública, ante los cuales el individuo que los experimenta es un actor y espectador privilegiado (Ribes, 1990a). Esta interpretación dualista de la concepción sobre el pensamiento podría clasificarse como una forma de *ideología* que incide variadamente sobre las representaciones y prácticas sociales legitimadas por la “ciencia imperante”, acerca del individuo en cuanto ser político, jurídico, administrativo y moral; que seleccionan y canalizan su comportamiento en un sistema inequitativo; por ejemplo, abstrayendo a las personas de su realidad o suponiéndoles atribuciones psicológicas especiales a algunas de ellas para legitimar desigualdades socioeconómicas y culturales.

En este sentido, es bueno analizar cada tema en psicología desde una perspectiva histórico-conceptual para esclarecerlo o desmitificarlo en cuanto a sus relaciones con la ciencia, la política y la moral predominantes. “El conductismo –dice Ribes (1990b, p. 47)– tiene todavía que examinar su propia aportación a esta relación histórica, así como sus propuestas disciplinarias sobre el particular”, obviamente a través de una postura contestataria frente a la psicología tradicional. Esta postura tiene una dirección trazada, como señalan Hayes y Brownstein (1986/2016): “Los analistas de la conducta deben rechazar los términos mentalistas precisamente para estudiar los fenómenos reales asociados con ellos de una manera más completa y satisfactoria para los objetivos de la ciencia” (p. 98).

El presente artículo se escribe con esa finalidad, tratando de ver cómo ha evolucionado el concepto de pensamiento desde la primera formulación conductista hasta la actualidad, en sus diversas variantes.

El pensamiento según Watson

“La primera piedra” en cuanto a una formulación conductista del pensar fue, obviamente, aportada por John B. Watson (1913/1990) hace más de cien años en un famoso artículo, donde, en su séptima nota de pie, decía que los llamados procesos de pensamiento se enmarcaban en el campo de las manifestaciones musculares de la expresión discursiva, que podrían denominarse hábitos de pensamiento motor vinculados a la laringe¹. Años después (Watson (1920) desarrolló su idea al respecto en términos de “un gran proceso verbal”. Por último, en otra ocasión verdaderamente desafortunada, Watson (1924/1945) señaló también: “El hablar explícito o con nosotros mismos (pensar) representa un tipo de conducta exactamente tan objetivo como el béisbol” (p. 30).

Según suele suceder a menudo en el campo académico de la psicología, y especialmente con referencia al paradigma conductual, las lecturas superficiales de estas expeditas (y, quizá, poco claras) aserciones llevaron a la mayoría de la comunidad científica a creer que Watson identificaba, sin más, el lenguaje con el pensamiento, calificándolo como “habla subvocal”. El mismísimo prologuista de la traducción española del libro *El Conductismo* (Mira y López, 1945) afirmó introductoriamente que “para Watson... el «pensamiento» no es otra cosa más que un monólogo implícito” (p. 17). Semejante creencia se implantó de tal modo que incluso muchos de los propios conductistas aún hoy la suscriben.

Una revisión más cuidadosa y completa de las ideas de Watson sugiere que al escribir acerca del pensamiento como “un gran proceso verbal” lo hacía relacionándolo con la actividad implícita física y emocional, en función a la expresión y a la solución de problemas. Felizmente, esto fue comunicado de manera más directa e inteligible en párrafos que el popular *Padre del Conductismo* elaboró en su obra más difundida (Watson, 1924/1945):

[...] deseamos afirmar expresamente que al desarrollar este concepto nunca hemos creído que los movimientos laríngeos... como tales, desempeñen el papel principal en el pensar. (p. 271)

[...] siempre que el individuo piensa, toda su organización corporal trabaja (implícitamente)... Parece razonable suponer que en momentos sucesivos el pensamiento puede ser kinestésico, verbal o emocional. Cuando la organización kinestésica está bloqueada o falta, entonces funciona la verbal, si ambas quedan bloqueadas, la organización emocional se torna predominante”. (pp. 299-300)

[...] ¿pensamos solo en palabras?... Hoy entiendo que, toda vez que el individuo piensa, trabaja (implícitamente) su total organización corporal, aunque el resultado final consista en una formulación verbal hablada, escrita o expresada subvocalmente... Por consiguiente, pensamos y planeamos con todo el cuerpo. Pero, dado que... la organización verbal, cuando

1 Se trató de un texto añadido a último momento, al enterarse Watson que en la misma revista donde iba a publicarse su artículo también saldría otra contribución exclusivamente dedicada al discurso subvocal.

se haya presente, en general probablemente predomina sobre la visceral y la manual, solemos decir que el pensar es en su mayor parte verbalización subvocal —siempre que admitamos en seguida que también puede desenvolverse sin palabras. (pp. 355-356)

En buena cuenta, entonces, él entendía por “verbal” una disposición de actuar del organismo como un todo, la cual podría ser llamada adaptación o ajuste al entorno. Esto no difiere demasiado de posteriores desarrollos conductuales sobre el pensamiento.

El neoconductismo mediacional y el pensamiento

Hull: Un pionero

Después de Watson, ya dentro de la amplia baraja de teorías conductistas mediacionales (Estímulo-Organismo-Respuesta) de la tercera década del siglo XX, destaca nítidamente la figura de Clark Hull, correspondiéndole en el tiempo ser el segundo autor más trascendente en ocuparse del problema del pensamiento desde un punto de vista conductual. Sin embargo, sí fue el primero en investigar concienzudamente algunos de sus aspectos. La revisión de Gondra (2007) sobre este aspecto del trabajo de Hull lo muestra intentando examinar “los procesos mentales superiores” de manera amplia y a través de un gran libro; sin embargo, obstáculos diversos le impidieron emprender tan ambicioso proyecto, limitándose al análisis de ciertos ángulos importantes de ese objeto de estudio desde la perspectiva de un modelo de aprendizaje neosociativo; como la formación de conceptos, la solución de problemas y la adquisición del conocimiento.

Durante esa etapa Hull (1934) desarrolló la noción de *jerarquía de familias de hábitos*, que sería la base de análisis para uso de otros investigadores dentro de su misma corriente. Un hábito pasa por ser un acto constante que tiende a provocar la misma reacción en ocasiones subsiguientes si eso conduce a la adaptación del organismo. Cuando se agrupan en *familias*, todos los hábitos parecidos pertenecientes a semejantes constelaciones de actos que sean reforzados (o sea, en la lógica de Hull, que satisfagan una necesidad) ante una determinada situación estimular, tienden a ser evocados también como reacciones respecto de aquella. Esto provoca sucesiones divergentes de repertorios jerárquicamente organizados según la posibilidad de que ocurran, generando respuestas anticipatorias.

A manera de ejemplo en el caso del pensamiento, imaginar un objeto con determinadas dimensiones esféricas condicionado instrumentalmente en una historia previa con base en la connotación de: “esto es redondo”, puede evocar diversas respuestas semánticas anticipatorias (“redondo”, “circular”, “esférico”, “limón”), que también evocan el componente común de respuesta significativa en términos de “familia de hábitos verbales de la redondez”. Así, a partir de estos mecanismos instrumentales, podría formarse cualquier familia nueva de hábitos verbo-conceptuales.

A menudo, cuando aparece un obstáculo que genera dificultades de comprensión, para resolver el problema las respuestas frente a él se ordenan en jerarquía probabilitaria desde latencias más cortas hasta las más largas. Igualmente, estas respuestas incluyen componentes mediacionales con propiedades de estímulo que evocan otras diversas respuestas anticipatorias de meta ordenadas jerárquicamente en relación a la compleja situación estimuladora planteada, con aspectos instruc-

cionales, objetos del ambiente y estado actual del sujeto. Al final, el problema será posiblemente resuelto evocando la respuesta mediacional adecuada en relación con las respuestas más fuertes que hayan ocurrido anteriormente en la historia de aprendizaje.

Berlyne: Un impulsor posthulliano

Como se ve, quizá la complejidad de buscar secuencias jerárquicas que nunca se podrían especificar totalmente en el análisis de un episodio intelectual, es la principal objeción al enfoque de Hull. Otra crítica menos consistente fue la rebatida por el neosociacionista hulliano Daniel Berlyne (1965/1976), sobre el supuesto *status* del “pensar” como un comportamiento que ocurre sólo porque es evocado por una situación estímulo inmediata, o porque la respuesta propioceptiva previa fue puntualmente reforzada. Esto no es así, porque una respuesta bajo selección depende de otras condiciones situacionales (estímulos producidos por las respuestas fraccionales anticipatorias de meta) y motivacionales (estados de desequilibrio fisiológico asociados con una extensa gama de respuestas potenciales); que interjuegan para determinar qué miembro de una clase numerosa se evocará en cada episodio particular. La explicación de esto es que la jerarquía de familia de hábitos puede estar compuesta de subjerarquías sucesivas conformantes unas de otras hasta alcanzar una cadena conductual específica, y cada nivel corresponde a una condición del organismo en la cual hay un mediador o respuesta cuyo estímulo (también producto de una respuesta) resitúa al individuo en un estado donde la jerarquía respectiva se vuelve dominante (Figura 1).

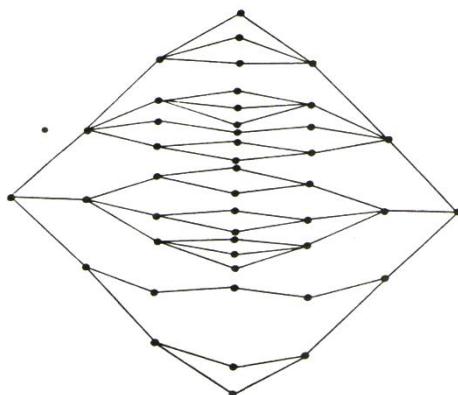


Figura 1. Representación de un diagrama de árbol arreglado de manera que su raíz esté a la izquierda, para que cuando genere su imagen-espejo a la derecha forme una estructura compuesta de familia de hábitos (Berlyne, 1965/1976, p. 219).

Berlyne (1965/1976, pp. 136-137) buscó, además, en la *teoría de las operaciones* de Piaget, complemento a Hull respecto a las llamadas funciones transformativas (respuestas simbólicas representativas de situaciones estímulo distintas de la situación en la que se encuentran); suponiendo que, en la cadena de pensamientos (respuestas implícitas que generan estímulos reforzados productores de nuevas respuestas), hay respuestas simbólicas que se insertan entre cada par de ocurrencias situacionales sucesivas. Tales respuestas pueden llamarse “transformativas”, puesto que modifican

la relación inmediatamente anterior de interacciones convirtiéndola en “apropiada”, y además la enlazan con la siguiente.

La postura operante desde Skinner hasta el contextualismo

Skinner: “Pensar es comportarse”

Buena parte de las inquietudes mediacionales que caracterizaron a la generación anterior perdieron interés hacia mediados de los años 50s, en que la postura radical operante se convirtió en la más influyente a nivel conductual, y sus seguidores se distanciaron del neosociacionismo hulliano evitando explicaciones demasiado detalladas de las secuencias de comportamiento abierto o encubierto. El primer tratamiento explícito del tema fue aportado por Skinner en sus libros *Ciencia y Conducta Humana* de 1953 y muy de paso en *Conducta Verbal* de 1957. Otro hito más importante, y que, si se quiere, marca una “evolución contextualista” en el conductismo radical, es *Contingencias de Reforzamiento* de 1969.

Skinner (1974/1977) anotó: “Pensar es comportarse. El error consiste en colocar el comportamiento en la mente” (p. 100). Entonces ¿dónde ubicarlo? De acuerdo con la lógica skinneriana tenía que ser en el ambiente, pero, dado el carácter particular de una conducta como la del pensamiento, la noción de operante directamente moldeada por la contingencia (es decir por exposición a consecuencias concretas e inmediatas) resultaba insuficiente. Por lo tanto, introdujo su concepto de la *conducta guiada por reglas* (Skinner, 1969/1979), una clase operante permeable a la influencia social traducible en términos de estimulación discriminativa generalizada que la comunidad verbal ha desarrollado en función de construidos del propio individuo u otros individuos. Estos estímulos discriminativos con propiedades diversas que se interrelacionan especificando contingencias complejas compuestas de descripciones y advertencias, tales como máximas, refranes, instrucciones, normas, mapas, consejos, planes y otras determinadas modalidades, a manera de “ambiente” regulador del comportamiento específicamente humano sin necesidad de tener presente la referencia física de eventos, objetos o personas. Por lo tanto, son contingencias mediadas siempre por la conducta verbal de los individuos, sea entre otras cosas como hablantes, escuchas, lectores o escritores.

Para ser efectiva (es decir, para que las personas la sigan, la acaten o se guíen por ella), una regla debe pertenecer a un conjunto de contingencias de reforzamiento. En otras palabras, la topografía de una respuesta que ocurre en función a la regla debe haber sido puesta (o moldeada) anteriormente bajo el control de estímulos afines a la misma, pero en ausencia de ella. En otras ocasiones, hay consecuencias aversivas que pueden obligar a los individuos a seguir una regla. Skinner (1969/1979) puntualizó estas características con los siguientes ejemplos:

Ve al occidente, muchacho es un ejemplo de consejo cuando la conducta que especifica será reforzada por ciertas consecuencias que no resultan de la acción tomada por el que aconseja. Tendemos a seguir el consejo porque la conducta anterior que se ha dado en respuesta a estímulos verbales similares ha sido reforzada. *Ve al occidente, muchacho* es una orden cuando el que lo dice ha dispuesto algunas consecuencias de la acción especificada; por ejemplo las consecuencias aversivas dispuestas por un funcionario encargado de redistribuir a los habitantes de una región. (p. 139)

En la sociedad humana, entonces, el comportamiento del hombre “racional” (ergo, su *pensar*) suele estar gobernado por reglas donde las relaciones entre el entorno, lo que hace en aquel y las consecuencias que le siguen están descritas total o parcialmente. La triple contingencia está, en estos casos, desligada de las dimensiones físicas del episodio conductual, por lo que a menudo el responder del individuo se torna “encubierto” o “privado” al ocurrir con una magnitud muy pequeña². Igualmente puede involucrar distintas variantes topográficas, como manifestarse a manera de soliloquios verbales o autosoñeos. La conducta verbal autoclítica, aquella que tiene que ver con descripciones verbales de la propia conducta y su contexto de acuerdo con elementos de estructura gramatical, acentuación y sintaxis, ayuda a convertir al individuo en un comunicador sobre sí mismo y sobre las respuestas que ha emitido, que emite, que va a emitir o que potencialmente *podría* emitir (Skinner, 1957/1981). Así, parte de su comportamiento puede operar como controlador de otras partes. Así también *se aprende* a referir “eventos internos” con base en el reforzamiento social temprano.

Post-Skinnerianos: “Pensar es relacionar”

Un conocido investigador skinneriano, Murray Sidman, durante el transcurso de su trabajo con conducta lectora infantil, se percató en los años 70 de que los niños relacionaban estímulos sin que previamente se hubiera establecido algún tipo de contingencia entre ellos, lo que implicaba que la gente puede responder de maneras nuevas (conducta emergente) en ciertas situaciones gracias a un proceso de discriminación condicional más amplio que el de la triple contingencia. De esta manera, Sidman y Tailby (1982) consideraron que los tres términos de la contingencia en el análisis de la conducta compleja podían ampliarse a cuatro o más a partir de una serie de estudios experimentales de igualación a la muestra, de acuerdo al proceso discriminativo denominado “relaciones derivadas (o de equivalencia) de estímulos”. En él, la respuesta a un estímulo discriminativo es reforzada sólo ante la presencia de otro estímulo (condicional o contextual).

Dicho proceso implica conducta que cumple propiedades de reflexividad, transitividad y simetría. Según eso, a un individuo se le puede enseñar únicamente a discriminar de manera condicional $A=B$ y $B=C$, pero él puede responder relacionando los estímulos de forma novedosa: $B=A$, $C=B$, $A=C$ y $C=A$; sin que los estímulos compartan parámetros físicos que los igualen; conformando una clase equivalente respecto a su funcionalidad conductual. Esto ha sido confirmado por muchas investigaciones, y se muestra como una habilidad específicamente humana desde que tiene que ver con una cualidad esencial del lenguaje como contexto. Si se entrena dentro de una habitación, por ejemplo, a una lora y a una niña a decir “hola Yola” frente a una persona llamada así, ambas pueden aprender a pronunciar esas palabras, pero en ausencia aparente de Yola y ante la instrucción “saluda a Yola”, solo la niña podría intentar ver si realmente está en el cuarto antes de responder.

Según la vertiente post-skinneriana denominada *teoría del marco relacional* desarrollada en la Universidad de Nevada fundamentalmente por Steven S. Hayes y sus colaboradores desde la década de 1990 (Hayes & Hayes, 1992/2016); lo “relacional” es la posibilidad de responder a un evento

2 En el caso de la imaginación, la conducta es de tipo sensorial y está vinculada a las funciones del sistema nervioso en su totalidad, de modo que pensar sobre “ver” “oír” o “hacer” algo activa los mismos centros neurales que cuando se efectúan las acciones observables correspondientes.

en términos de otro en función a un contexto que los enmarca (conducta operante generalizada); siendo un concepto clave para entender las relaciones semánticas de acuerdo con propiedades como la implicación mutua, la implicación combinatoria y la transformación de la función de los estímulos (Hayes, Barnes-Holmes & Roche, 2001) (véase Figura 2).

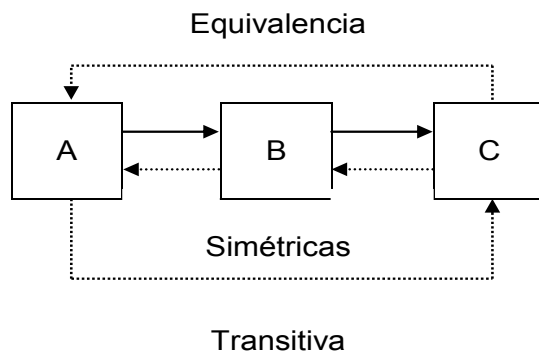


Figura 2. Representación de relaciones de equivalencia, simetría y transitividad entrenadas directamente mediante el proceso de igualación a la muestra (líneas continuas), y de relaciones derivadas (líneas discontinuas). Si se entrenan relaciones entre los estímulos A-B y B-C, se derivan sin entrenamiento explícito las relaciones simétricas B-A y C-B, y la relación transitiva A-C y C-A como combinación de las tres, constituyendo un A-B-C funcionalmente intercambiable. Diagrama extraído de Gómez, López y Meza (2007, p. 493).

En la *implicación mutua* dos estímulos se relacionan de manera bidireccional frente a una clave contextual que representa una historia de refuerzo con base en el entrenamiento de la relación entre los estímulos A y B: “Si A se relaciona con B, entonces B está relacionado con A”. La derivación correspondiente es: “Si A es mayor que B, entonces B es menor que A”. Esta segunda relación se deriva sin entrenamiento.

La *implicación combinatoria* involucra una relación derivada entre dos estímulos cuando éstos han sido relacionados indirectamente por otro(s) estímulo(s). Si bajo una clave contextual A está relacionado con B y B con C, luego A y C se relacionan en ese contexto de modo indirecto. Por ejemplo, “Si A es más brillante que B y B es más brillante que C, luego, A es más brillante que C y C es más opaco que A”.

La secuencia de la *transformación de la función de los estímulos* se da cuando un determinado estímulo modifica las funciones de otros eventos dentro de la red relacional. Así, al aprender que de un grupo de elementos el más útil es uno que pertenece a cierta categoría o es de cierta marca es probable que, en una determinada clave contextual, se elija otro elemento de otro conjunto perteneciente a esa misma categoría o marca, puesto que se ha transformado la función del estímulo.

Desde esta perspectiva, los patrones funcionales enmarcados por la acción del individuo en un contexto son reguladas por las características generales de la conducta guiada por reglas en un mundo organizado de manera social-verbal y por tanto, convencional. Cualquier dimensión física de la que uno pueda referir significativamente, tiene funciones verbales y no verbales disposicionales

para un análisis verbal adicional, llevando a situaciones de solución de problemas a niveles y dominios verbales más abstractos.

Para los contextualistas, el análisis de las formas cómo el pensamiento afecta los episodios comportamentales puede elicitar varios modos de relación en donde el pensar puede ser tanto factor causal como efecto de otras conductas o del ambiente. Así:

La visión conductista radical admite un amplio rango de vías por las que la gente experimenta la relación entre pensamientos y acciones subsecuentes, [estableciendo] que [a] los pensamientos en algunos casos determinan las reacciones posteriores de un individuo... añadiendo que, en otros casos, [b] los pensamientos pueden no tener ninguna influencia en el modo en que reaccionamos... De hecho, [c] uno puede tener reacciones sin que haya existido un pensamiento precedente... Tomando un ejemplo de la vida corriente, todos hemos tenido pensamientos en forma de promesas que nos realizamos a nosotros mismos del tipo: «no comeré la tarta de crema que engorda tanto», cuando nos ofrecen un pedazo. En algunas ocasiones confirmaremos el paradigma (a) al no comer la tarta (hipótesis cognitiva); en otros casos, tendremos ese pensamiento, pero comeremos la tarta de todos modos no satisfaciendo la hipótesis cognitiva. (Kohlenberg, Tsai, Ferro, Valero, Fernández & Virués-Ortega, 2005, p. 356)

De esta manera, las “reglas” pueden controlar ciertas conductas en función de la historia previa del individuo con ellas y de las consecuencias producidas por su cumplimiento o seguimiento. Otras veces, el pensamiento se produce sin influir en otras respuestas situacionales, porque está simplemente moldeado por las contingencias. En otros casos, si uno es consciente de la situación y de su propio comportamiento, el pensamiento sí influye parcialmente en la conducta; aunque ella también esté bajo el control de los eventos antecedentes. Igualmente, la ejecución del individuo puede estar controlada directamente por los eventos antecedentes, pero es seguida de ciertos pensamientos, verbalizaciones o respuestas imaginales. Por último, a veces en una determinada situación la persona actúa “sin pensar” previa ni concurrentemente, a manera de comportamiento “automático” exclusivamente moldeado por sus consecuencias.

El pensamiento según el Interconductismo

El interconductismo o “conductismo de campo” constituye otra línea de desarrollo teórico conductista que proviene de J. R. Kantor, un psicólogo norteamericano incluso más veterano que Skinner. Kantor estuvo tempranamente motivado por una concepción molar del comportamiento, poco compatible con los intereses predominantes en el análisis experimental de la conducta durante la mayor parte del siglo XX, por lo que quedó relegado como expositor de una tendencia minoritaria. No fue sino hasta la publicación de su *Psicología Interconductual* (Kantor, 1967/1978) que comenzó a llamar la atención de algunos psicólogos latinoamericanos insatisfechos con el enfoque skinneriano, quienes, liderados por Emilio Ribes, decidieron tomar muchas de sus sugerencias respecto a la concepción molar.

Acerca del pensamiento, Kantor (1967/1978) apuntó: “De acuerdo con la psicología objetiva, el pensar es un campo conductual concreto y específico, en el cual los objetos estímulo tienen

que representarse de alguna forma por estimulación sustituta (p. 212)³. Esto origina la noción de *sustitución de contingencias* como un instrumento conceptual útil para analizar lo que él mismo llamó “la conducta implícita”, o sea, aquella conducta compleja (recordar, planear, razonar y otras similares), que contacta indirectamente con las condiciones de estímulo originales y se compone de estímulos y respuestas sustitutivas (de reconocimiento, demoradas siempre respecto del estímulo original y necesarias a su nueva ocurrencia y a la emisión de las respuestas explícitas (Ribes, 2012).

Ribes (1990a), hizo hincapié sobre el punto básico de que el pensamiento no es una *clase especial de conducta* sino *un tipo especial de relación en la cual participa la conducta* caracterizada como “sustitutiva no referencial”, funcionalmente desligada de sus dimensiones espacio-temporales (ver Figura 3).

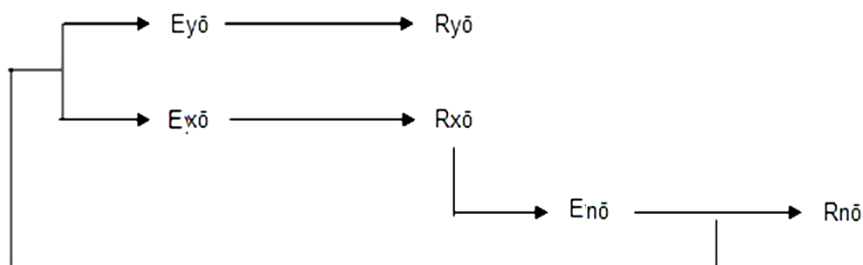


Figura 3. Esquema simplificado de la “función sustitutiva no referencial”, donde, teniendo en cuenta que Ey, Ex, Ry o Rx son clases genéricas de estímulos y respuestas mediadoras de relaciones interactivas, y ò es una propiedad convencional de aquellas, Eyō-Ryō y Exō-Rxō son respuestas convencionales separadas. Enō-Rnō es el elemento crítico en la mediación, en la medida en que se relaciona funcionalmente a Eyō y Exō (para una explicación más detallada, ver Ribes y López, 1985; pp. 214-215).

Por tanto, no sirve utilizar categorías moleculares (de condicionamiento), pues estas “fueron establecidas para describir fenómenos basados en la consistencia espacio-temporal y en propiedades físicas de los objetos, que no requieren un modo convencional de responder” (Pérez-Almonacid, 2012, p. 59). La convencionalidad, o estructuración de sistemas convencionales, es aquello que las personas hacen para establecer relaciones simbólicas en un entorno típicamente humano, vinculando condicionalmente los eventos según propiedades asignadas por acuerdo, no sólo por correlaciones espacio-temporales o por funciones de tipo físico.

En este sentido, la convencionalidad tiene propiedades “extrasituacionales” y “transituacionales”. El pensar involucra ambas propiedades y se verifica al margen de la influencia directa de las situaciones presentes. La *extrasituacionalidad* se concibe como un responder lingüístico a contingencias presentes como si fueran distintas, transformando las primeras, y la *transituacionalidad* como un responder convencional-simbólico que le permite al individuo relacionarse con su propio ocurrir. El pensar de tipo transituacional se puede volver *autosustitutivo* si el individuo puede describir las interacciones en las cuales participa formulando una prescripción respecto a ellas, y las puede aplicar a situaciones diferentes, o transmitirla didácticamente a otros sujetos.

3 Es importante puntualizar que la “sustitución” no implica algún tipo o proceso de representación o reemplazo de objetos de estímulo, sino a un contacto indirecto o mediación de ellos.

Conclusiones

Dentro de las variantes del conductismo histórico se han postulado diversas categorías para dar cuenta del fenómeno llamado “pensamiento”. Entre las más destacadas se pueden mencionar las de “jerarquías de familias de hábitos”, la de “funciones transformativas”, la de “contingencia guiada por reglas”, la de “marcos relacionales” y la de “sustitución de contingencias”. Cada una de ellas resulta bastante diferente de las demás, según queda claro después de su revisión a lo largo de este artículo. Sin embargo, es destacable que las diferentes posturas conductistas a lo largo de la historia coinciden en algo respecto al problema en mención: la consideración de la conducta verbal y de un ambiente humano permeado por aquella, como requisitos indispensables para el surgimiento del comportamiento simbólico complejo de acuerdo a las leyes del aprendizaje, y en relación con estructuras biológicas. Asimismo, coinciden también en la no ubicación espacial del pensamiento en plan de proceso que sucede “dentro de la cabeza”, sino como propiedad de la conducta en función que ocurre en la interacción del organismo total con su ambiente.

¿Cuál de las posturas sería la más rescatable? No es este el lugar para una discusión como esa. Viéndolas bien, se constata que todas tienen méritos abundantes, aunque su impacto y vigencia haya sido desigual. Aun cuando la aproximación mediacionista muestra poca vigencia en cuanto a impacto actual por razones filosóficas (su “atomismo”, su “mecanicismo” y las puertas abiertas que deja al dualismo), puede decirse que en términos experimentales resulta todavía fuerte y es técnicamente difícil de refutar. Por otra parte, la teoría del marco relacional (TMR) es, sin duda, la más novedosa y vigente aproximación al pensamiento dentro del paradigma conductual radical, y, sin duda, la que tiene mayor potencial aplicativo (Törneke, 2016). Por último, probablemente debido a la complejidad del razonamiento y jerga técnica utilizada por los interconductuales, su impacto como alternativa de conceptualización conductista ha sido hasta ahora menor comparativamente al de la TMR; sin embargo, cabe señalar que goza de una sólida base epistemológica y en el ámbito latinoamericano tiene un buen caudal de seguidores.

Sea cual fuere la teoría que se prefiera entre ellas, todas las contribuciones reseñadas aquí se han guiado por esa “postura contestataria frente a la psicología tradicional” mencionada en la introducción a este artículo. Puede que las explicaciones no sean totalmente satisfactorias (las explicaciones mentalistas lo son menos), pero han tratado de abordar el problema científicamente dentro de la línea general trazada por Aristóteles.

Referencias

- Asociación de Psicología Americana (2009/2010). *Diccionario conciso de Psicología*. México: El Manual Moderno.
- Berlyne, D. E. (1965/1976). *El pensamiento dirigido*. México: Trillas.
- Gómez, S., López, F. y Meza, H. (2007). Teoría de los marcos relacionales: algunas implicaciones para la psicopatología y la psicoterapia, *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 7(2), 491-507.
- Gondra, J. M. (2007). *Mecanismos asociativos del pensamiento. La «obra magna» de Clark L. Hull*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Hayes, S. C., Barnes-Holmes, D. & Roche, B. (Eds.) (2001). *Relational frame theory: A post-Skinnerian account of human language and cognition*. Nueva York: Plenum.

- Hayes, S. C., & Brownstein, A. J. (1986/2016). Mentalism, behavior-behavior relations, and a behavior-analytic view of the purposes of science. In S. C. Hayes (Ed.). *The act in context. The canonical papers of Steven C. Hayes* (pp. 78-98). New York: Routledge.
- Hayes, S. C., & Hayes, L. J. (1992/2016). Verbal relations and the evolution of behavior analysis. In S. C. Hayes (Ed.). *The act in context. The canonical papers of Steven C. Hayes* (pp. 134-159). New York: Routledge.
- Hull, C. L. (1934). The concept of the habit-family hierarchy and maze learning. *Psychological Review*, *41*, 33-54.
- Kantor, J. R. (1967/1978). *Psicología interconductual: Un ejemplo de construcción científica sistemática*. México: Trillas.
- Kantor, J. R. (1963/1990). *La evolución científica de la psicología*. México: Trillas.
- Kohlenberg, R. J., Tsai, M., Ferro García, R., Valero Aguayo, L., Fernández Parra, A. y Virués-Ortega, J. (2005). Psicoterapia analítico-funcional y terapia de aceptación y compromiso: Teoría, aplicaciones y continuidad con el análisis del comportamiento. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, *5*(2), 37-67.
- Mira y López, E. (1945). Prólogo. En J. B. Watson: *El conductismo* (pp. 15-19). Buenos Aires: Paidós.
- Pérez-Almonacid, R. (2012). El análisis conductista del pensamiento humano. *Acta Comportamentalia*, *20*(4), 49-68.
- Ribes, E. (1990a). Algunos pensamientos acerca del pensar y su motivación. En *Psicología general* (pp.177-201). México: Trillas.
- Ribes, E. (1990b). Historia de la psicología ;para qué? En *Psicología general* (pp. 21-49). México: Trillas.
- Ribes, E. (2012). Las funciones sustitutivas de contingencias. En M. A. Padilla y R. Pérez-Almonacid (Eds.). *La función sustitutiva referencial* (pp. 19-34). New Orleans: University Press of the South.
- Ross, W. D. (1923/1957). *Aristóteles*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Sidman, M. y Tailby, W. (1982). Conditional discrimination vs. matching to sample: an expansion of the testing paradigm. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, *37*(1): 5-22.
- Skinner, B. F. (1974/1977). *Sobre el conductismo*. Barcelona: Fontanella.
- Skinner, B. F. (1969/1979). *Contingencias de reforzamiento: Un análisis teórico*. México: Trillas.
- Skinner, B. F. (1957/1981). *Conducta verbal*. México: Trillas.
- Törneke, N. (2010/2016). Aprendiendo TMR. *Una introducción a la teoría del marco relacional y sus aplicaciones clínicas*. España: Didacbook.
- Watson, J. B. (1913/1990). La psicología tal como la ve el conductista. En J. M. Gondra (Ed.). *La psicología moderna* (pp. 399-414). Bilbao: Descleé de Brouwer.
- Watson, J. B. (1920). Is thinking merely the action of language mechanisms? *British Journal of Psychology*, *11*, 87-104.
- Watson, J. B. (1924/1945). *El conductismo*. Buenos Aires: Paidós.